

Sobre un niño angelino llamado Miguel Arteche

Tras el silencio dominical, me acordado resignado a escuchar el oradario repaso de las noticias de ayer o de antes de ayer, pero una me golpea con su dolorosa actualidad: esta madrugada, ha muerto el poeta (Premio Nacional de Literatura, Miguel Arteche. Inevitablemente, apago el televisor y me encamino al escritorio. Abro un libro tan pequeño, que siempre se esconde en los estantes. Pero ahora parece estar ahí, esperándome; y la primera de sus treinta y cuatro páginas nos cuenta que está terminando una misa: "el cura Arteche cierra su misal; desotonea, solemne, por los pedaleos del altar, y se dirige a la sacristía. Detrás va el monaguillo, muy serio... Ese monaguillo era Osvaldo Salinas Arteche; pero todos lo conocían por Arteche, hacia 1934 o 1936, en Los Ángeles. El monaguillo aquel se llama -ahora- legítimamente, Miguel

Arteche..."

Y el cura era Gonzalo Arteche, hermano de su madre. Dicho en palabras del poeta: "Era la imagen del padre que no conocí (mi padre murió cuando yo tenía cuatro años). Era soberbio y humilde, como soy yo. Era irónico, como suelo serlo". Si, Arteche solía ser irónico -como confiesa- y sabía serlo. Pero también solía ser nostálgico y sabía serlo, al punto que cualquier angelino podría ubicar geográficamente este soneto suyo: Tilos que mueven tardes en la plaza/ donde te espera un niño del pasado/ Tilos que tienen no sé qué cansado/ Sobre los seis veranos de tu casa/ Tilos de mil y novecientos treinta/ o de dos mil. El niño no podía saber del tiempo esa melancolía/ que todos sienten pero nadie cazara..."

Pero ¿si cuenta imágenes de su infancia angelina? "La otra imagen es la de mi tía María. Lejos de mi madre, en Santiago, mi tía fue otra imagen de madre que no puedo olvidar. Su bondad la llevó a acompañar al cura Arteche, su hermano, durante toda su vida, y yo fui, tal vez, ese hijo que nunca tuvo. No olvido cuando don Gonzalo, exasperado porque yo había lanzado su sombrero de teja a la calle, desde el segundo piso, me perseguía girando alrededor de la mesa redonda del comedor. Mi tía lo paraba en seco, y le decía que, mientras viviera, si niño nadie le pegaría en la cabeza. Cosa que el cura Arteche hacía cada tres años. Y no sé si, al propinarme esos intermitentes coscachos en mi cabeza, es decir, en mi cabeza, me la abrió al camino de la poesía..."

Estas cosas estaba yo leyendo -a modo de homenaje ritual- en este librito titulado simplemente Miguel Arteche, de la serie Quién es quién en las Letras Chilenas, cuando suena el teléfono. Llamar, desde un diario capitalino: me piden una impresión, algún recuerdo desde la cercanía que me conocen, o suponen, con el poeta. Lo hago. Y me quedo pensando que es curioso: es domingo y en otro diario santiaguino de ayer -vispera de su muerte- han publicado algo parecido, pedido días antes.



Floridor Pérez

Esta misteriosa coincidencia se suma al hecho que -en la primera página de estos recuerdos infantiles- Miguel cita a otro niño angelino, Jaime Quezada, también a su tiempo monaguillo del cura Arteche y luego poeta. De coincidencia en coincidencia, rearmó un triángulo afectuoso, en que un vértice importante fue siempre el diario La Tribuna de Los Ángeles.

Y pienso que -si casi medio siglo atrás- sus páginas hubieran sido el destino natural de mi primera reflexión, bien podrían serlo, con el mismo afecto, hoy. No un obituario ni la clásica biografía ni vida y obra ni cronologías ni mucho menos, neurologías. ¡Los estudiantes de hoy hallan todo eso de un teclado en internet! He preferido compartir con ellos, sus amistades y su parentela, este recuerdo vivo por haberse vivido en los patios de su liceo, en improvisadas canchales en su Avenida, a orillas de su Laguna Esmeralda, o -como contarle y cantarle el inolvidable Miguel Arteche- en las tardes de su plaza, de 1930 o del 2000. Los chicos de hoy saben de esta última; y más de algún día podrá contarles de la primera. Ojalá todo eso alimente su orgullo local y su sentido regionalista de menores y mayores. Sea nuestro homenaje al gran poeta que se ha ido. Aunque, como ya nos previno su poesía: "hay hombres que nunca partirán". Y él merece ser uno.

LA - TRIBUNA, LOS ANGELES 23-VI-2012 - P 3

Sobre un niño angelino llamado Miguel Arteche [artículo] Floridor Pérez.

Libros y documentos

AUTORÍA

Pérez, Floridor, 1937-2019

FECHA DE PUBLICACIÓN

2012

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Sobre un niño angelino llamado Miguel Arteche [artículo] Floridor Pérez.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile

Mapa